

A romantic close-up photograph of a man and a woman about to kiss. The man is on the right, with a beard and dark hair, looking down at the woman. The woman is on the left, with long dark hair, looking up at the man. They are both wearing white shirts. The background is softly blurred, suggesting an outdoor setting with greenery.

INNEGABLE

Azahara Fernández Sánchez



Círculo Rojo

Innegable

Azahara Fernández Sánchez

Primera edición: octubre 2019

ISBN: 978-84-1338-538-9

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Azahara Fernández Sánchez

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: depositphotos

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright.

Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

INNEGABLE

I Daniela

Hay cosas en la vida que pueden esperar. Otras, simplemente no. Y yo había esperado mucho tiempo para dar el paso. Llevaba a Manu en mi mente desde que tenía uso de razón. No solo en mi mente, sino también en mi corazón. Había crecido con él. Era amigo de mi hermano desde que iban a la escuela. Además, su madre y mi padre eran buenos amigos de toda la vida. El problema residía en que, mientras yo le miraba como a un hombre, él solo sentía hacia mí un sentimiento de hermano mayor, de protección. Siempre rodeado de chicas guapísimas, con curvas de infarto, de cama en cama cada noche.

Terminé de atusarme el pelo. Había optado por quedármelo suelto. Me había puesto un vestido rojo ceñido que remarcaba todas y cada una de mis curvas. Andrea se había pasado toda la tarde mareándome de un lado a otro por las calles de Roma para que estuviera perfecta para la ocasión.

Esa noche era nuestra fiesta de graduación. Solo nos quedaban unas semanas de clase y empezábamos nuestra nueva vida como universitarias. Los chicos, salvo Diego, que era de nuestra edad, ya estaban en la universidad. Debía hacerlo ahora que tenía motivos para pensar que ya no era una niña.

Entró Andrea a la habitación totalmente exaltada.

—¡Dani, ha llegado el gran día! —gritó zarandeándome por los hombros. —¡Estás guapísima, tía!

—Señorita, —apareció Martina en la habitación con cara de pocos amigos, —la señorita Andrea, como puede observar, ya ha llegado —dijo irónica mirando a mi amiga de reojo.

Asentí con una sonrisa.

—Muchas gracias, Martina.

Martina había sido la figura femenina de nuestra casa desde que Marcos nació... Desde que mi madre se fue. Ella nos había visto crecer y, pese a ser una mujer del servicio, se había comportado con nosotros como si fuésemos su propia familia. Era una mujer de aproximadamente unos 50 años, con pelo teñido de rubio y ojos azules. Tenía unas pocas arrugas alrededor de la boca y los ojos. Lo normal en una mujer de su edad. Seguro que había sido una mujer bellísima y atractiva años atrás. Tenía una figura imponente y hasta mi padre bajaba la cabeza con las decisiones que tomaba en cuanto a la casa, a la compra, a la comida, a Marcos... Era y debía de haber sido una mujer de armas tomar.

Martina se exasperaba cuando no le dejaban hacer su trabajo y mi amiga no se lo ponía nada fácil. Siempre subía corriendo las escaleras hasta mi habitación, sin darle tiempo a Martina para avisarme. Ella sabía que era como de la familia, pero siempre le gustaba avisar.

—Cariño, estás preciosa —dijo Martina acariciándome la melena. —Te parece tanto a... —contuvo sus palabras, pero yo continué.

—A mamá...

Martina sonrió melancólica. Ella había sufrido igual que nosotros con su partida. No por el hecho de que se marchara, sino por el hecho de que tuvo que hacerse cargo de tres chicos sin madre en una edad un poco dura. Aitor tenía 15 años, yo 14 y Marcos ni siquiera la conoció. Era un bebé cuando murió. Se fue, como si no dejara nada atrás, como

si no tuviera suficiente por lo que luchar, como si sus tres hijos no fuéramos nada para ella.

—Bueno, es hora de irse —interrumpió Andrea, sabiendo que aquel silencio que se impuso en la habitación traía malos recuerdos.

—Pasadlo bien, chicas... Y tened cuidado con lo que hacéis. No bebáis mucho, no os separéis del grupo; si tenéis algún problema, hablad con Aitor y los chicos; no os vayáis con desconocidos; y tened cuidado con las bebidas en la discoteca. Hay mucho malnacido que echa drogas en los vasos de chicas jóvenes como vosotras.

No podíamos irnos sin escuchar el inventario de consejos que había ido confeccionando Martina a medida que crecíamos.

Salimos al pasillo y fui a la habitación de Aitor para saber si ya había acabado. Toqué la puerta y entré. Aitor era un chico alto, guapo, de facciones duras, con pelo castaño rizado corto. Su perfume varonil inundaba toda la habitación, pero no le encontré.

Toqué al baño de su cuarto. No estaba. Me parecía bastante extraño. Siempre nos esperaba para ir juntos. No le gustaba dejar a su hermana pequeña sola y expuesta. Eso decía.

Bajamos las escaleras y nos paramos en la entrada. Estaba todo en silencio.

—Buenas noches, Ángel —dijo Andrea al ver a mi padre aparecer entre las sombras. Venía de su despacho.

—Hola chicas, estáis bellísimas —dijo dándole un beso en la mejilla a Andrea y otro a mí.

—Papá, ¿dónde está Aitor?

Mi padre tragó saliva. Era un hombre fuerte, de facciones duras, igual que mi hermano. Moreno de cabello y piel. Estaba nervioso.

—Ha salido. No sé qué historia tiene con una chica que le lleva por el camino de la amargura —Adriana. Sabía bien a quién se refería porque era nuestra amiga también.

—Irás directamente a la discoteca. No te preocupes —intenté reconfortarlo.

—Portaos bien —rezongó mientras salíamos de casa.

Llegamos a la discoteca. Faltaban Manu, Dan, Erik y mi hermano. No los veía. Subimos al reservado y tomamos asiento en una pequeña sala abierta con sofás de cuero negro. Vi a Adriana sentada junto a Diego en uno de los sofás de nuestra sala.

—Hola, chicos —saludamos a nuestros amigos.

Ellos se levantaron. Adriana me dio un beso en la mejilla.

—¿Y Aitor? —le pregunté en un susurro mientras Diego hablaba con Andrea. Aquella pelirroja de piel blanquecina con su pelo largo y sus labios siempre pintados de rojo habían logrado engatusar a mi hermano. Aitor llevaba algún tiempo mirándola desde lejos, inventando excusas para verla y hablar con ella y ofreciéndose a llevarla a casa. La verdad es que hacían la pareja perfecta. Aitor era más mayor que nosotras, y le había costado acercarse a ella, pero, aunque inicialmente mantenían las distancias, últimamente habían estado quedando.

—¿No viene con vosotras? —Levantó los hombros con cara de asombro.

—Estará a punto de llegar —Sonreí.

No sabía dónde se había metido Aitor, pero estaba segura de que llegaría con su afán protector a cuidar de su hermana y de la chica de sus ojos.

—Joder, Daniela —exclamó Diego. —Estás... preciosa.

Me besó. La sonrisa de aquel chico podía deslumbrar más que los focos de toda la discoteca. Había sido nuestro compañero de clase toda la vida y salía en nuestro grupo de amigos. Era un chico de gran corazón, hermano de Dan. Sus ojos azul metalizado, que resaltaban en su tez morena, me inspeccionaron de arriba abajo.

—Me pones nerviosa —admití.

Solté una carcajada. Su dulce mirada me traspasó, cuando vi la misma mirada detrás de él. Su hermano Dan tenía los mismos rasgos que él. Era más mayor, con el pelo un poco más largo y mechones que caían por su frente, y las facciones más serias. Idénticos.

—Hola, preciosa —Me besó en la mejilla.

A su lado aparecieron Aitor y Erik. Iban apareciendo. Erik me guiñó un ojo al llegar, pero mi vista se detuvo en mi hermano. Sus ojos castaños estaban más oscuros de lo normal. Parecía serio. Sus duras facciones estaban más marcadas que de costumbre. Aun enfadado, estaba guapísimo. No me sorprendía que Adriana hubiera caído a sus pies. Formaban una pareja, cuando decidiesen admitirlo delante de todos, espectacular.

—¿Dónde estabas? —le pregunté dándole un abrazo. — No te he visto en todo el día.

—Tenía cosas que arreglar, Dani. Ya estoy aquí y vamos a disfrutar de nuestra noche —forzó una sonrisa tranquilizadora, pero sabía que algo rondaba por su cabeza. Sonreí.

—¿Y Manu? —Era el único que faltaba por llegar.

—No tardará en llegar. Ahora, a beber —me ordenó con una sonrisa que sí le llegaba a los ojos. Me fijé en quién se puso a mi lado y lo entendí. Adriana había aparecido con su rostro angelical a saludarlo. La sonrisa perfecta de aquella chica iluminó la mirada de mi hermano.

Me fui y les dejé a solas un momento. Llegué donde estaba Andrea.

—¿Vamos a pedir? —pregunté.

—Vamos, cariño, estaba deseando que lo preguntaras. — Soltó una carcajada.

Fuimos bailando al son de la música tecno hacia la barra que había en el centro del piso de arriba, al lado de la barandilla desde la que se podía ver toda la discoteca.

Lo bueno de estar en la zona VIP era que disponíamos de espacio y camarero propios. El que nos atendía esa noche era guapísimo. Me sonrió con unos ojos verdes llameantes y una sonrisa pícara en la cara.

—Dime, preciosa. ¿Qué quieres que te ponga? —Su sonrisa le marcaba unos hoyuelos que reconocía al instante. Manu también tenía hoyuelos al sonreír, aunque los suyos no eran comparables con los del joven camarero.

—Mmm... Sorpréndeme —contesté siguiéndole el juego. Me gustaba provocar, gustar y conquistar, aunque mis intentos flaqueaban con quien realmente deseaba.

—Deja algo para las demás —chilló Andrea dándome un codazo cuando el camarero se fue a por la bebida.

Las dos nos echamos a reír.

Debía beber algo potente si quería sacar valor para confesarle a Manu mis sentimientos. El miedo a confesárselo y que todo cambiara entre nosotros me albergaba. No podía permitirme que se alejara de mí, no podía permitirme que su actitud conmigo cambiara. No ahora. Prefería tenerlo cerca, aun viéndole acompañado cada noche con un chica, a perderle para siempre.

—Toma —dijo el camarero con su mirada refulgente poniendo la copa sobre la barra. —Si lo prefieres, puedo hacerle otra cosa. —Supo jugar con las palabras con tal atrevimiento que hizo el calor ascender por mis mejillas.

Sonreí tímida, me di la vuelta sin saber bien qué decir y nos marchamos de la barra.

—¡Tía, está buenísimo! Si algo falla... —dijo Andrea refiriéndose a lo que podría pasar entre Manu y yo aquella misma noche.

Tragué saliva. No. No pensaba liarme con el camarero si las cosas no salían como yo pretendía.

—Andrea... —intenté detener sus palabras sabiendo las implicaturas que estas conllevaban.

—Ya... Ya lo sé. Solo tienes ojos para Manu, pero... —insistió.

—Chsss... —le tapé la boca intentando impedir que se enterase todo el reservado de nuestra conversación. Ambas soltamos una carcajada.

—Pero...

—Pero, ¿qué? —espeté ya cansada de la dirección de la conversación. Odiaba esa palabra.

—Dani, mientras el camarero intentaba ligar contigo, ha llegado... Y... Y está con Bianca. Ha venido con ella —me informó mi amiga.

Un nudo se me instaló en el estómago. Sabía que no tardaría en estar con una chica, pero esperaba que se largase con ella al final de la noche, no que hubiera venido con ella. Bajé la mirada. No sabía por qué me dolía si no tenía

nada con él. Es más, es lo que hacía siempre: saltar de una chica a otra cada noche. Pero esta vez había venido con ella. Eso quería decir que no era un rollo de una noche. Ya había algo más.

—Dani... —Andrea pareció leerme el pensamiento. — Hay cientos de hombres en esta discoteca. Más de uno estaría loco por estar contigo. Pero, ¿tú te has visto? Deja ese capricho infantil que tienes con Manu y empieza a disfrutar —sentenció con firmeza Andrea.

Quizá tuviera razón. Quizá solo era un capricho infantil. Un amor de niños que estaba condenado a quedarse en eso.

—¿No te das cuenta de cómo te mira el camarero? — continuó mi amiga intentando acabar con mi incertidumbre.

Andrea tenía razón. Tenía 17 años y, pese a no faltar chicos a mi alrededor, no había disfrutado de ellos. Siempre a la sombra de Manu.

—Tienes razón.

—Vas a ir a saludarlo al reservado, vas a ignorar que ha venido con otra y te lo vas a pasar genial: con o sin él.

Andrea cogió mi mano y tiró de mí bailando por la pista hasta llegar al reservado.

II

Manu

No asimilaba todavía cómo Bianca se las había ingeniado para que apareciéramos juntos en aquella fiesta. No me gustaba aparecer con ninguna chica. Ni tenía ninguna relación con Bianca ni quería tenerla. Y, mucho menos, ninguna obligación con ella. Me gustaba su cuerpo y lo que hacía con él, ni más ni menos. Bianca era morena, con ojos verdes y piernas largas. Un monumento. Podía ser bella, pero, al igual que los monumentos, quieta y en silencio mejoraba bastante.

Me había dado un viaje de los mil demonios desde que montó en el coche. Que gracias por ir a recogerla, que se había estropeado su coche, que no tenía cómo ir a la fiesta, que su padre últimamente no le hacía caso... Sabía de sobra que a su familia no le faltaba dinero y, si hubiera querido ir a la fiesta, aunque no tuviera coche, podría haberle pedido a alguno de sus chóferes que la acercasen, o, incluso, podría haber pedido un taxi.

Cogí el vaso de la mesita y las palabras de Erik me sacaron de mis pensamientos.

—¡Eh, eh, tíos! ¡Agarraos que vienen curvas!

Levanté la mirada y vi a Daniela. Iba con Andrea. Su mirada de color miel se quedó fija en mí. Estaba preciosa. Bue-

no... Dani, simplemente, era preciosa. Era la típica chica que era guapa sin proponérselo, recién levantada, en pijama, sin peinar... Pero esa noche precisamente estaba deslumbrante. La inocencia de su mirada contrastaba con el minivestido rojo que llevaba puesto y que dejaba al descubierto su espalda. Llevaba su melena castaña ondulada y suelta, tapando, en la medida de lo posible, las curvas de su cuerpo, pronunciadas por el vestidito en cuestión.

—Joder, está buena —dijo Erik, peinándose su tupé rubio con la mano, y a mí me subió un mal humor repentino. —Le haría un favor... o dos.

—Deja de hablar así de la hermana pequeña de tu amigo, gilipollas —espeté.

—Tranquilo, tío, si la quieres tú, no tienes más que decirlo.

—Ni la quiero yo, ni la quieres tú —Tomé un trago de mi copa. —¡Es una niña!

—Manu, ya no es una niña —puntualizó Dan, con la contundencia que le caracterizaba. —Es toda una mujer, a la vista está. —Continuó haciendo un gesto con su cabeza en dirección a donde se encontraba Daniela.

Dani estaba hablando con Andrea y Diego. Diego era el hermano pequeño de Dan. Era de la edad de las chicas, y siempre había estado con ellas, tanto en clase como fuera. Por eso salía en el grupo. Sin embargo, no me caía bien y mucho menos ahora. Agarraba a Daniela por la cintura, aunque ella ignoraba su tacto y estaba sumida en lo que estuviera diciendo Andrea.

Mis amigos tenían razón. Daniela ya no era una niña, se había convertido en una mujer y todos se habían dado cuenta menos yo. Incluso Diego, que no le quitaba el ojo de encima. Ni el ojo, ni las zarpas.

—Una mujer que está bien buena —continuó Erik con sus estúpidos comentarios.

—Y que solo tiene ojos para ti —siguió matizando Dan, dirigiéndose a mí. Levanté la vista y la observé. Estaba mirándome. —Hasta un ciego se daría cuenta —prosiguió mi amigo.

Tragué saliva y aparté la mirada de sus dulces ojos miel.

—Se ha criado con nosotros, tío. Hemos crecido juntos y ni yo ni ninguno de nosotros va a tocar a esa chica. ¿Entendido? —especifiqué más alterado de lo que pretendía.

Las palabras salieron de mi boca con todo el cinismo que pude reunir. Mientras mi boca soltaba aquella sentencia, mi cuerpo me pedía ir a saludarla, a hablar con ella, a... «A nada más», me reprendió mi fuero interno. Daniela no sería una de las chicas que me llevaría a la cama y de las que huiría antes del amanecer. Daniela no se merecía eso. Se merecía mucho más.

—Sí, mi capitán —dijo Erik mientras se levantaba del sofá de cuero negro y se acercaba a Dani, guiñándome un ojo con una sonrisa maliciosa en los labios.

Erik sabía que Dani era mi debilidad desde que teníamos 14 años.

Era su primer día de clase y, aunque nosotros teníamos solo un año más que ella, ya habíamos conseguido la fama y el respeto necesario como para que nadie tocara lo que era nuestro. Había un chico, Álex, que había repetido curso y le tocó en la clase de Dani. Se sentaba con ella, le hablaba y la acosaba. Hubo un día que Daniela no quiso ir a clase; dijo que se encontraba mal. Al día siguiente, Martina la llevó al médico y este le dijo que no le ocurría nada. Pero ella no quería volver al colegio.

Esa tarde fuimos Erik, Dan y yo a su casa a jugar a la *play* con Aitor. Busqué el momento adecuado para escabullirme de allí con la excusa de ir al baño. La encontré en el pasillo.

—¿Estás bien, Dani? —pregunté absorto en sus dulces ojos de color miel. Ahora que lo recuerdo, su mirada siempre ha causado el mismo efecto en mí.

—Sí —contestó nerviosa mirándose los dedos entrelazados.

—¿Por qué no vas al instituto? ¿Qué pasa? —continué indagando.

—Manu... —No quería hablar. —Álex me hace la vida imposible —confesó al fin.

Aún recuerdo cómo mi cuerpo se tensó.